

Reinold Mesa *

La cabeza del detective

El detective se obsesionó con la idea de descifrar el misterio detrás de aquel virus que, como un asesino en serie sin rostro, ya había tomado la vida de tantas personas. Cubrió las paredes de su cuarto con mapas, recortes de periódicos, estadísticas, apuntes, diagramas e información de todo tipo relacionada con la nefasta epidemia.

Después de un tiempo incalculable de investigación, el rompecabezas comenzó a hacer sentido. Poco a poco se iba revelando ante sus ojos la evidencia de que todas las teorías conspirativas, la propaganda de los medios, las guerras que provocaban tanta destrucción, las vacunas que supuestamente salvaban tantas vidas, las crisis, las muertes y todo lo demás, ya habían sucedido en otros momentos a lo largo de la historia durante milenios, solo que en distintas circunstancias.

De este modo el detective fue descubriendo un patrón de sucesos que se reiteraban a gran escala en todos los estadios sociales de la humanidad, en la antigüedad, en el feudalismo, en la Edad Media, en el Renacimiento, en la Revolución Industrial, durante las guerras mundiales y hasta ahora.

Fenómenos aparentemente inexplicables, enfermedades incurables y pandemias catastróficas surgían de las entrañas de la tierra con una fuerza capaz de aniquilar a toda la humanidad. El detective notó que cada cierto tiempo se reproducían ciclos de restauración o reinicio donde se acumulaban grandes riquezas económicas, valiosos conocimientos intelectuales y abundante poderío tecnológico. Observó que la información y las noticias que aún se archivaban sobre estos eventos, de alguna manera estaban relacionadas directa o indirectamente con pequeños grupos de personas que gobernaban usando la violencia y la manipulación, y casualmente, todo aquel que se atrevía a investigar estos hechos o denunciar a esos grupos moría de manera trágica y sospechosa. Estos círculos reducidos o élites estaban formados por monarcas, militares, religiosos y algunos nobles con privilegios exclusivos, todos estos con un largo historial de crímenes e intrigas secretas. Estas élites vivían enajenadas de la realidad del resto de la población, y eran las máximas responsables en el origen y expansión del caos, sin importar el lugar o el momento en que se hallaban, lo mismo si se trataba de la civilización azteca en el período precolombino, o de la secta secreta de los iluminados de Baviera en el preludio de la revolución francesa. Para llenar el vacío existencial en que vivían, las antiguas élites preferían extasiarse con la adrenalina que producían las guerras entre los hombres, en lugar de quedarse enclaustrados en sus palacios, y se volvían adictos a la sangre que se

derramaba en los combates entre los imperios, o simplemente se decidían por viajar alrededor del mundo en sus gigantescos barcos mientras perseguían la puesta del sol. En la actualidad las nuevas élites pasan sus días conectadas a algoritmos informáticos abstractos o viajando por los cielos en sus asombrosos jets privados, mientras se olvidan de su incurable soledad celebrando orgías entre las nubes, alucinando con drogas sintéticas e imaginando que son la encarnación humana de antiguos dioses mitológicos. Nombres de científicos, artistas, intelectuales, empresarios, políticos y personas influyentes integran esta reducida lista.

Finalmente, el detective descubrió que la élite decidió usar el planeta tierra como un campo de juego, pues ya que existen tantos miles de millones de seres humanos, es mejor dejar vivos solo el número necesario para el óptimo funcionamiento de sus sofisticados artefactos, y el resto irá desapareciendo poco a poco en las mutaciones del virus que están por venir, en un proceso lento de exterminio de la población mundial. A los de la élite no les importa que pasa abajo en la tierra, porque desde donde ellos están, las personas se ven como hormigas insignificantes. Extraviado en sus propios pensamientos y en las revelaciones que había descubierto, el detective se dejó caer en el sofá sin recordar cuál día de la semana o qué hora era. Cuando ya estaba a punto de quedarse dormido, escuchó a alguien afuera de su habitación tratando de forzar el seguro de su puerta.

Lentamente se levantó del sofá y se dirigió a tientas en la oscuridad hacia la entrada. Cuando estuvo delante del picaporte todo se puso en silencio. La puerta se abrió de golpe con un estridente !baam!. Justo en ese momento la cabeza del detective golpeó el escritorio donde se había quedado dormido entre recortes de periódicos y apuntes ilegibles.

* 1993, La Habana, Cuba. Pasó la pandemia parte en Cuba, parte en Alemania.